

LA NOVELA SEMANAL



PLUTON

Por Julio Navarro Monzó.

PRECIO: 10 Centavos

La Argentina

A. De Micheli y Cia

Avda de Mayo 1001 esq. B. de Irigoyen

Apertura de los Colegios.

Recomendamos a nuestra clientela, la inmensa variedad y selección que abarca nuestra surtido en trajes para juvenes y niños, como asimismo nuestra existencia en ajuares completos para colegiales.



145.—Guardapolvo en brin lavado, color crema, clase especial, 5 años, a \$ **3.50**

Aumentando 25 centavos más por año.

El mismo modelo en brin gris de puro hilo, calidad excepcional, 5 años, a \$ **4.00**

Aumentando 25 centavos más por año.

146.—Espléndido Traje forma "Sport", modelo de mucha aceptación, prolijamente confeccionado en casimir inglés de pura lana, colores lisos grises, 8 años, \$ **29.50** pesos Aumentando \$ 1.— más por cada año.

El mismo modelo en franela gris y marrón, calidad gruesa, como para media estación. 9 años, a. \$ **19.00** Aumentando 50 centavos más por año.

147.—Traje completo, espalda con travilla y pliegues, confección esmerada, en casimir importado de lana pura, colores serios, 10 años, a... \$ **34.00**

Aumentando \$ 1.— más por cada año.

148.—Traje forma cazadora, modelo práctico, bien confeccionado en rico casimir peinado, todo forrado, colores lisos, 8 años, \$ **28.00** a \$

Aumentando 75 centavos más por año.

CRÉDITOS: Acordamos créditos en mercaderías, pagables en 10 meses, sin cobrar intereses y, sin recargar los precios. Soliciten condiciones.

LA NOVELA SEMANAL

Administración: FLORIDA 248 - Buenos Aires

UNICO CONCESIONARIO PARA LA VENTA EN LA CAPITAL FEDERAL
LUIS B. GALVAN

Agente en Montevideo: O. CHECHI, Florida 1408

Agente en Rosario: CELEDONIO ECHAVE, San Lorenzo, 1288

Agente en La Plata: AGENCIA CARBONELL, calle 48, No. 633

Agencia en Mar del Plata: Diario "La Capital" San Martín 2451

Agencia en Córdoba, Alta Gracia y Río 4.º - NICOLAS GULFO

APARECE TODOS LOS LUNES CON UNA OBRA COMPLETA E INTERESANTE DE LOS MEJORES ESCRITORES ARGENTINOS

PUBLICADAS

1. Una hora millonario, de E. García Velloso.
2. La huelga, de Hugo Wast (G. Martínez Zuviria). (Agotada) en Reedición
3. Artemis, de Enrique Larreta.
4. Una madre, en Francia, de Belisario Roldán. (Agotada) en Reedición
5. Luna de Miel, de Manuel Gálvez.
6. La Psiquina, de Ricardo Rojas.
7. Werther y Don Juan, de José Ingenieros.
8. El Cofre de Ebano, de Alejandro Sux.
9. Un peón, de Horacio Quiroga.
10. El Instinto, de Pedro Sondereguer — (Edición Agotada). en Reedición
11. La Evasión, de Benito Lynch
12. La Ciudad del Amor y la Muerte, de Julián de Obarra.
13. El Babú de Naranyana, de Carlos Muzzio Sáenz Peña.
14. Expiación, de J. L. Fernández de la Puente.
15. Un casamiento en el gran mundo, de Elsa Norton.

EL LUNES PRÓXIMO SE PUBLICARA

BOBÓ de MIGUEL R. ROQUENDO

SUCESIVAMENTE

18. **La Esfinje**, de Julio del Romero Leyva.

celebrado novelista autor de: "Ceuta", "Zulema", "Otra Reza", "En mi reducto" ediciones agotadas y otras obras.

LA POLILLA

que trabaja en su ropero desaparecerá usando

“Novaina”

que conserva maravillosamente las pieles y ropas con resultados garantizados; comunicándoles un aroma muy agradable.

En venta en todas las buenas Farmacias
Tiendas y Bazares.

Precio de la caja con 6 estuches es de \$ 2.—

En toda la República

Depositario: **PELETERIA F. RELLER**

MAIPÚ 440 - U. T. 2212 - Avda.

Instituto "CARLOS MARIA ALVEAR"

865 - SARMIENTO - 865 - U. T. 2859, LIBERTAD

—

Incorporado a los 5 años del Colegio Nacional en el año 1913 por Decreto del Superior Gobierno de la Nación.

—



DIRECTOR
P. DOMINGUEZ RIVAROLA

Clases de enseñanza primaria, secundaria, comercial, industrial, agronomía, militar y naval.

Enseñanza especial de francés, inglés, italiano, alemán, latín, dibujo, música y esgrima.

—

Un progreso efectivo, una conquista real significa para un pueblo la fundación de esos centros de instrucción que contribuyen poderosamente a la cultura nacional.

Muchos han sido los colaboradores de este inmenso y noble propósito; pero la eficacia y responsabilidad de estos centros de instrucción han dependido siempre de la seriedad y competencia de la dirección y de la elección de los componentes del personal docente.

El Instituto "Carlos María Alvear" se destaca vigorosamente entre todos los establecimientos de enseñanza sudamericanos por el conjunto de beneficios que puede brindar, a las mayores exigencias de la educación moderna.

Y si a esto agregamos que en este establecimiento se goza de un moderno confort obtenido especialmente para las amplias e higiénicas aulas donde funcionan las diferentes clases que se dictan diariamente, la selección además de los alumnos, y finalmente el cuerpo de profesores, que componen el personal docente, todos ellos reputados especialistas en cada materia, se obtiene un núcleo de garantía para los padres que deseen dar una sólida educación a sus hijos.

Soliciten folletos explicativos sobre las condiciones de ingreso, matrículas, exámenes, etc.

MIGUEL SANS — ARMANDO DEL CASTILLO

NOTA IMPORTANTE

Aunque nuestro programa de cultura con respecto a los lectores de "La Novela Semanal" es proveerlos todas las semanas de un escrito puramente novelado, esta vez hacemos excepción en beneficio del notable pensador y literato señor Julio Navarro Monzó. Su "Plutón" que hoy presentamos, no es propiamente dicho una novela, aunque contiene algunos caracteres de ese género. Pero encierra tal substancia y está hecho en un estilo tan gallardo; es tan profundo y tan hermoso, que al divulgarlo creemos merecer la aprobación de nuestro público, en mérito, además, a la intención insospechable que nos guía de servirle. En los números siguientes volveremos a nuestra orientación interrumpida.

LA DIRECCION.

PLUTÓN

(HISTORIA RARA EN LA QUE INTERVIENE UN PERRO DE ESTE NOMBRE)

NOVELA INÉDITA ORIGINAL DE
JULIO NAVARRO MONZÓ

Eleuterio de Melanscotos, sujeto de nacionalidad indefinida, gustos exóticos y preocupaciones excéntricas, era un hombre naturalmente displicente que parecía haber nacido cansado.

Donde se sentaba se tumbaba y, por poca o ninguna confianza que tuviera con sus huéspedes e interlocutores, al recostarse trataba de colocar los pies en cualquier sitio menos en el suelo: así fuera una mesa, una silla o el zócalo de la pared. Su cuidado preferente parecía consistir en que no se le arrugasen los pantalones o que no se congestionasen las extremidades inferiores. Después de esto, entretenía el tiempo fumándose, uno tras otro, cigarrillos de tabaco oriental, cuyo aroma se hacía tan insoportable, para muchos, como el carácter raro y la personalidad incatalogada del fumador.

Como conversador lo era poco, aún que bastante entretenido cuando condescendía en departir con alguno. Su indolencia manifiesta le hacía preferir el silencio. De ordinario no buscaba la compañía de sus cofrades de periodismo; pero no la esquivaba tampoco, y sabía escuchar con deferencia y atención. Cuando, a su juicio, ya había escuchado bastante, el tema no le agradaba o su majadería era tan grande, que saludaba, se iba y no aparecía durante mucho tiempo ante aquella persona o por aquel corrillo.

Como esto sucedía a menudo, Eleuterio pasaba en la soledad la

mayor parte de su vida y había cobrado una merecida fama de hurafío y desabrido. No se le conocían amigos y en este medio tan cosmopolita de Buenos Aires, parecía no tener compatriotas. Cuando se le preguntaba respecto a este particular decía ser español, pero ni por el carácter, ni por las costumbres tenía un adarme de tal. Vivía, solo, en pensiones y hoteles ingleses, entre británicos con los cuales no se trataba y a quienes decía abominar, pero cuyos hábitos seguía. Tenía relaciones en los círculos más extraños y afectos en ninguno. Tan pronto se le veía de paseo con un ministro de Rumanía o almorzando en el Plaza con un cónsul de Grecia, cómo hablando en la calle con un turco vendedor de baratijas. Otras veces lo buscaban estancieros criollos de la Pampa o pobladores galenses de la Patagonia, y por más que sus andanzas de periodista explicaran tal diversidad de relaciones, no sería fácil acertar con la razón de tanta heterogeneidad de conocidos. Él mismo no lo explicaba y, si alguien se lo preguntaba, respondía que las circunstancias de la vida lo habían querido así.

En las esferas periodísticas porteñas suelen encontrarse ejemplares de toda la fauna humana y Melanscotos, no era precisamente una excepción. Al lado de un antiguo oficial de la marina italiana, puede hallarse, en la redacción de un gran diario, uno que fué insurrecto en Cuba, otro que actuó como diputado en el Paraguay y se verá fácilmente a un poeta centro-americano departiendo con un caballero holandés que vió la luz en Sumatra o concluye tranquilamente la vida traduciendo telegramas del inglés el que fué médico del Négus de Abisinia o confidente de los republicanos que, desde California, prepararon la revolución en China. Lo que en Eleuterio extrañaba e irritaba era el carácter indefinible de toda su personalidad. Aún cuando no lo usara, se sabía que, por línea materna, le correspondía un título nobiliario, que el apellido de Melanscotos era de rancia nobleza bizantina, y, sin embargo, este hombre, de gustos refinados, tenía de cuando en cuando arranques de nihilista. Era un conservador en la forma y un revolucionario en el fondo; aunaba una cierta despreocupación en el conjunto a un tanto de rebuscamiento en el detalle; tenía a la par sencillez y orgullo, humanidad y misantropía. Por fin — defecto esencialmente europeo — aún cuando no mostrara predilección por la vida mundana, no entraba una sola vez en un teatro sin hacer ostentación de su elegancia; tenía una manera de encarar la vida que en esta sociedad no se tolera fácilmente a hombres de su condición. A juicio de alguna dama encumbrada si no linajuda, que vagamente lo trataba, para tomar tales aires hubieran sido necesarios medios y una posición que él, periodista de aventura, arrojado a la vida porteña como resaca de la existencia, estaba lejos de poseer. Digámoslo en una palabra: Melanscotos era un hombre antipático y, por más que nadie le acusara de nada incorrecto, si él ponía cierto cuidado en no mezclarse con los demás, mayor cuidado había en los otros en no mezclarse con él.

Sin embargo, aquella noche, como algunos contentillos del Círculo de la Prensa, abandonando las mesas de juego, hubiesen invadido el salón de lectura, ordinariamente solitario, en donde Eleuterio se refugiaba de costumbre, le tocó tomar parte principal en la charla,

la historia. Pues no señor. En cuanto a ella nada puedo decir: se que, en efecto, me tomó gran amistad y aún recuerdo que alguna vez me dió tal palmada en la espalda que, amén de dejarme sin respiración, me sirvió de prueba evidente de su gran cariño, dada la vehemencia cordial de aquella naturaleza primitiva. Pero, en cuanto a mí, no sé si alguno de ustedes ha sido alguna vez o, por lo menos, conoce el tipo de muchacho de veinte años que no ha tenido trato de mujeres y se ha pasado la niñez y la pubertad entre libros: en ellos hay mucho de sentimentalismo platónico pero poco de iniciativa en lances de amor, y así era yo. Pilarica podía seducirme pero no enamorarme y, de adehala, era la pobre un poco bruta — disculpenme la palabra — a fuerza de francachota, risueña y sana. Yo que me había pasado de los once a los dieciocho años en Bromley, cerca de Londres, en un internado puritano, formalista, seco, y correcto hasta lo insoportable, modelado en esta forma, no reunía las condiciones necesarias para congeniar desde luego con aquella excelente muchacha.

Verdad sea que esto me pasaba en España, con casi toda la gente. Siempre fuí extranjero en mi patria, como en cualquier otro lado, y de esto tenía la culpa tanto mi nacimiento como mi educación. Mi padre, siendo primer secretario de legación, y hombre ya maduro, se había enamorado en Constantinopla de una dama griega, único y último brote de una viejísima familia del barrio de Fanar y de ese lance vine a nacer yo, no se que la aventura provocase antes el divorcio de mi madre, casada entonces con un magnate de Rume-
lia, que, como mis abuelos — los Melanscostos — servía a la Sublime Puerta en los cargos más graves de la administración. No tuve otros hermanos y, de results de aquella proeza pasional, mi padre, dejando la carrera diplomática, tuvo que refugiarse en el viejo solar paterno, pidiendo amparo a su hermano mayor: labrador y terrateniente como sus padres. Pude haber nacido en la imperial Bizancio, donde, por línea materna, vieron la luz todos mis antepasados desde el tiempo de los Paleólogos, pero me tocó nacer en la huerta valenciana. En ella pasé una niñez melancólica, sin compañeros, asistiendo al lento derrumbamiento de una modesta fortuna. Mi padre, inhábil para los negocios de exportación a que se había dedicado, murió antes que yo hubiera salido del todo de la infancia y mi madre, entregándome a mi tío que, esperando hacer de mí un comerciante me mandó educar en Inglaterra, no tardó mucho en seguirlo voluntariamente en el mismo camino del más allá. Sólo, desde entonces, mi vida no ha sido otra cosa sino una dolorosa peregrinación.

En esta etapa, que les voy refiriendo, de mi existencia de aventuras, no estaba todavía formada mi personalidad y, como consecuencia de ello, mi retraimiento era feróz. Los labios frescos y los ojos de fuego de Pilarica, no me dejaban de agradar, empero sus maneras confianzudas sólo servían para alejarme, su vulgaridad me repelia y, habiendo hallado en *Plutón* un derivativo para mi naturaleza afectuosa que, en aquella época sentía una fraternidad a lo Francisco de Asis con todas las criaturas animadas e inanimadas, no me apremiaba el deseo de entrar en tratos más íntimos con la risueña hija del antipático don Ramón.

De éste, por otra parte, se contaban en aquella ciudad beata y chismosa cosas capaces de ponerle carne de gallina a cualquiera. Entre la misa de alba y la inevitable novena que por la tarde había de reunir en alguna iglesia a todas las mujeres, hallaban estas tiempo de sobra para despellejar al prójimo ya fuera en los atrios de los templos, en sus visitas a las casas de unas y otras o en la *Alameda* donde los jueves y domingos por la tarde se paseaban mozos y mozas atareadas y preocupados con esos preliminares del matrimonio que se llaman noviazgo. Los hombres, por otra parte, aún cuando no concurrieran tanto a las ceremonias del culto, reunidos en el *Casino* o congregados en el café de don Sagurno, único de la localidad, no perdían tampoco tiempo en ese sentido. La maledicencia era la diversión favorita de aquella cristianísima población que, viviendo casi exclusivamente de la catedral con sus numerosos canónigos y del seminario con sus numerosísimos alumnos, parecía impregnada de un olorillo rancio y ratonil como de sacristía. Tal cura, a quien las gentes, besaban devotamente la mano cuando lo topaban por la calle, era acusado de tener entre las damas devotas a una o varias concubinas, cuyos nombres se citaban; tal canónigo, que vivía como magnate, era inculgado de hacer violencia a muchachitas del pueblo que alguna celestina le llevaba a un huerto de las afueras en donde celebrara sus francachelas; tal señora engañaba a su marido y tal señorita anticipaba a los novios derechos matrimoniales; había una viuda que se iba a Madrid para ocultar las pruebas evidentes de un desliz y, no pasando de esto, la voz pública de aquella tierra, donde — de hecho — la casa de expósitos registraba entradas en número asustador, se echaba gustosa en el comentario de las mayores aberraciones. Un comerciante, era acusado de incesto con su hermana, otro de vicios espantosos e indecibles, y para que no fuese sólo, estas y aquellas doncellas, de perfiles botticelezcos y expresiones angélicas, llevaban fama de perversiones tales que, de ser ciertas y tan generalizadas, harían que aquella sociedad sin horizontes mentales, hirviendo en su propio veneno, dejara chiquita la fama de Sodoma y Gomorra. Cuanto a mi huésped sólo se decía de él que, habiendo empezado como arriero y contrabandista, se había entregado a fechorías de bandolero, y, si tenía hoy alguna fortuna, ella se debía a que era un asesino y ladrón.



Dejando a un lado al señor obispo, un vasco atrabiliario que se pasaba la vida encerrado en su palacio destartado sin mezclarse con las gentes y a quienes estas trataban de hurafío, sin duda por no poderlo tratar de otra manera, aquella ciudad, de prelado para bajo, podía dividirse en dos grupos de personas. El uno, más numeroso e influyente era el levítico, el clerical. El otro, de menos peso y menor número, se las daba de liberal y librepensador.

Difícil hubiera sido decir cual de los dos era mejor. En el uno, en el otro había hombres respetables: que no eran las gentes tan malas como ellas mismas parecían empeñadas en hacerlo creer. En el segundo había un médico anciano que era un dechado de caballerosidad y desprendimiento. En el primero se contaban algunos sacerdotes, hombres de estudio y de piedad sincera, capaces de imponerse a la consideración del más prevenido. Entre los dos, las señoras, naturalmente afectas a la Iglesia aunque sin desdeñar el siglo, establecían un guión, una acción sedante y neutralizadora.

Desde el primer momento, y como era de esperarse, los liberales consideraron mi llegada como un aporte a su causa. El secretario bonachón, que era de este grupo, me presentó a un cura que había colgado la sotana y que ahora era platero y a un notario retirado que llevaba la voz cantante de la facción opositora. Fué éste quien, desde el primer momento, me puso al corriente de todas las habladurías del pueblo, mostrándose en su maledicencia de una neutralidad verdaderamente pasmosa entre sus amigos y adversarios. Fué él también quien me dió noticias circunstanciadas respecto al pasado de don Ramón — por más que este hombre de trabuco llevar, hubiera prestado grandes servicios "a la democracia" allá por el tiempo de las cantonales.

Según me dijo, don Sabino, que así se llamaba el notario, era voz corriente, aun que dicha de oído en oído, que la fortuna del padre de Pilarica tenía un origen ensangrentado. Algunos años antes, cuando don Ramón no era más que arriero, había venido de América un hombre que, al desembarcar en la estación del ferrocarril, trató con aquél que le llevara esa misma noche, en sus mulas, a una pequeña aldea, perdida entre las montañas, de la cual el emigrante había partido pobre y triste algunos años antes y a la cual volvía ahora al parecer en más desahogada situación. Aceptó el conchabo el arriero y era fama que al "indiano" algunos lo vieron partir, pero de nadie se sabía que hubiese llegado jamás al punto de destino. En cambio don Ramón, desde entonces, empezó a prosperar, juntó caudales, adquirió una casa, compró una huerta y era un hombre rico que sería feliz... si pudiera casar a su hija con un "señorito".

Esto último me lo decía don Sabino con una sorna tal, que, creyendo comprender adonde iba el tiro, no le hice mayor caso a toda su historia. Mi nuevo amigo, que también se daba aires de protector, parecía temer que yo me enamorara de Pilarica y con tiempo quería ponerme en guardia contra la inexperiencia de mi juventud. Esta, por lo menos, era la explicación que le hallaba a esa narración que tenía todo el aspecto de cuento inverosímil. Como, por otra parte, no tardara mucho en darme cuenta de que, en aquella tierra de murmuradores, nadie temía inventar una calumnia con tal de relatar un hecho impresionante, mi estremecimiento de sorpresa del primer momento se calmó en seguida. Cierta que mi fondista no tenía buena catadura; cierto, también, que a Pilarica no la cortejaban si no de muy lejos, y de pasada los mozos de cuadra con algún requiebro que, en otro medio, sonaría a insulto. ¿Pero, acaso, suelen ser gentiles los mayores de diligencia y acostumbran sus hijas,

aunque tengan peluconas, a ser cortejadas por otra gente que no la de su calaña?

El poco éxito que tuvo su cuento no fué, debo decirlo, el único fracaso y la única desilusión que don Sabino sufrió conmigo. Era éste un señor que se las daba de progresista y que, en realidad, con su espíritu volteriano, se hallaba atrasado filosóficamente en más de un siglo. Pensaba encontrar en mí un escéptico como él y se sorprendió de hallarme espiritualista. Le hablé de William James y no me entendió. Quise traducirle algunas páginas de la *Experiencia Religiosa* entonces recientemente publicada y me rechazó con horror. Se asustó al ver en mis manos las *Conferencias sobre la perfección* de Casiano. Le hablé de los neoplatónicos alejandrinos y abrió tamaños ojos. Por fin, cuando un día entrando en mi cuarto, vió un icono bizantino, recuerdo de mi madre, que representaba a la Virgen con el Niño Jesús, el pobre don Sabino se confirmó en que se había equivocado. Yo debía ser un frailón como los demás, pero, entonces ¿a qué venía mi condenación y mi presunto anarquismo? El meneguado caletre de mi nuevo amigo nunca lo pudo comprender.

No me dejó, sin embargo, el buen señor. Desde aquel día me buscaba más asiduamente y menudeaban las discusiones entre los dos. "O con unos o con otros — me decía el notario, y cuando yo trataba de hacerle ver mis puntos de vista, meneaba la cabeza tristemente. "¡O con unos o con otros! — no hay vuelta que darle".

Para no tener que optar; mejor dicho: sin aceptación en el grupo negro, ningún trato con las damas y pocas ganas de hacer corro con los liberalotes, concentré en *Plutón* toda mi amistad y en los paseos mi esparcimiento. Lo que había que ver en la ciudad: la catedral románico-gótica con un claustro muy apacible y unas cuantas iglesias barrocas, horriblemente desfiguradas en el interior por el mal gusto de la piedad contemporánea, podía conocerse en tres o cuatro días. Después, como no rondara alguna damisela haciendo méritos para, llegada la noche, "pelar la pava" a la reja, no había entretenimiento posible en aquella ciudad, fuera de los billares de don Saturno, bastante mal frecuentados, y de las partidas de tresillo en el Casino. Tampoco esto era de mi agrado, y con mi silencioso compañero, me dí a vagar por la montaña y por la campiña.

Fuera de la arteria principal, o *Alameda*, que era una prolongación, en realidad, de la carretera que ligaba la ciudad con el mundo, las calles de esta población se caracterizaban por ser muy estrechas, desempedradas, sombrías y perfectamente sucias. Eran todas ellas empinadas y cuestas, y no dejaban de tener un lado pintoresco ya fuera por la asimetría absoluta de las casas, algún arco que allí o aquí había que pasar, las flores en algún balcón y los heráldicos escudos que menudeaban sobre las puertas. Pero lo más interesante, de cualquier modo, era dejarlas atrás cuando su estrechez se abría sobre un horizonte de maravilla y aquí se divisaba un río sereno y ancho, esplayándose en toda su gloria, allá las montañas altísimas, con las cumbres envueltas en nubes o algunos veces cubiertas de nieve, o, por otro lado, una llanura muy verde esmaltada de casitas blancas y de humildes iglesias rurales.

Precedido, seguido o acompañado por *Plutón*, fui tratando, poco a poco, de conocer las intimidades de ese paisaje que, por un lado, se divisaba desde la ciudad como de un nido de águila y que por otro, la dominaba, aplantándola con la mole inmensa de las montañas circunvecinas. Me internaba en el recogimiento de pinares que parecían templos, y en cuya soledad silenciosa y vividente gustaba de pasar las largas horas de la tarde entregado a la meditación o a la lectura. Emprendía la ascensión de las montañas y, demasiado lejos, algunas veces, para volver a la ciudad, me quedaba en alguna aldea aceptando o pidiendo hospitalidad en cualquier casa para pasar la noche, exponiéndome a los reproches de doña Carmen y de su hija que me decían, a la vuelta, que en ello podía ir mi vida. Otras veces, y eran las menos, me limitaba a bajar al burgo y después de cruzar las miserables casas del arrabal, me paseaba entre los sauces, a orillas del río, escuchando los cantares agudos y prolongados de las lavanderas, que acostumbraban a levantarse las sayas hasta bastante más arriba de las rodillas y se pasaban la tarde medidas en el agua corriente, lava que te lava.

Las había jóvenes y hermosas, de formas torneadas y blanca piel que me miraban riendo y me gritaban algún gracejo, que yo no comprendía, en el dialecto local. La profunda fraternidad humana que palpitaba en mi pecho, se conmovía del rudo trabajo a que esas mujeres se entregaban de sol a sol y aun hoy, recordando aquellos tiempos, parecen resonar en mis oídos sus melancólicos cantares, de interminables notas plañideras:

Cuando paso por el puente,
 ¡Siempre te veo lavando!
 Las aguas de ese río
 A tu belleza llevando...

Pero esos mismos cantares, de forma arcaica, de modelaciones viejas que se remontan cuando menos a la época en que los celtas poblaron aquellas regiones de la península, cantares a los cuales un estridente ¡ú-jú-jú! suele poner término, eran como la música de aquella naturaleza tan bella. Podía oírseles por doquier. Se mezclaban con el chirrido monótono, lento y cadenciado de los carros de bueyes en las carreteras blancas; salían de entre las hojas de color púrpura o amarillento de los viñedos en el tiempo de la vendimia; partían, como las ténues columnas de humo de los bogares, cuando la tarde baja y el aire se perfuma con el olor del pino quemado, a modo de oración vespertina de las pequeñas aldehuelas perdidas en la montaña o diseminadas en el llano; se confundían con las campanas del Ave María en el crepúsculo triste y de tonos morados de aquella región lloviznosa y húmeda; servían de fondo al campanilleo amortiguado de los rebaños volviendo a los apriscos; eran como las palpitaciones del corazón de un pueblo entero, melancólico y sentimental, durante siglos oprimido, subyugado y engañado por señores feudales, escribas y levitas.

Alguna vez, durante las largas tardes de verano o en medio de unos crepúsculos de Otoño, dorados y enloquecedores por lo bellos, mis paseos tomaban por rumbo la huerta que don Ramón, poseía, ya bastante lejos del poblado, a media cuesta de la montaña. Sin embargo, nunca la hacía espontáneamente. Mis alojadoras me invitaban a hacerlo, siempre en su compañía, y siendo éstas las únicas veces que salía con Pilarica que, con creciente simpatía, más de una vez me había insinuado que la acompañara también en los bisemanales paseos de la *Alameda*, en donde yo nunca ponía los pies, resultaban estas excursiones una fiesta de franca y sencilla alegría que momentáneamente hacían desaparecer mis nostalgias de desterrado y mi hosquedad de tímido.

Después de las interminables horas de siesta durante las cuales se paralizaba toda la vida de la pequeña ciudad, se cerraban las tiendas, se suspendía el tráfico, no andaban por las calles, ni los perros sin dueño y a cuyo silencio amodorrado ponía término la campana grande de la catedral llamando los canónigos a coro, emprendíamos el viaje hacia la *ponsa*, como llaman por allá a esta clase de propiedades. Lo hacíamos en un pequeño coche de dos ruedas que Pilar, acompañada de la madre y de alguna amiga, gustaba de guiar ella misma, satisfaciendo así un instinto atávico, y, después de una hora de un trotecillo ligero de un caballo nervioso y pequeño, llegábamos a la finca, seguidos de *Plutón* jadeante que, ya viejo para tales correrías, se tumbaba en su sitio preferido a la sombra de un corpulento manzano.

El camino, bastante medroso para volver después de oscurecido, era extremadamente agradable durante el día. Poco a poco y siempre cuesta arriba, se iba haciendo cada vez más solitario, dejando atrás las raleadas casas y hasta la última taberna que, para los que bajaban de la montaña, era como la vanguardia de la población, internándose por último francamente en un sombrío pinar en el seno del cual una cruz de piedra, plantada en el lugar en donde fue cometido un crimen, evocaba tétricos recuerdos y sugería ideas poco tranquilizadoras. Alguna vez, bordeando el camino la cuesta misma de la montaña, y se divisaba una inmensa perspectiva de valles, llenos de cultivos, poblados de viñas rojizas y allá lejos, muy lejos, la línea apenas visible del mar. Pero, ya de nuevo el camino volvía a embriagarse en el hosque poblado de rocas enhiestas que, con su negrura, parecían espectros gigantescos y petrificados. Al llegar a este punto, la sugestión del medio, hacía decaer la conversación e imponía gravedad hasta a la locura de Pilarica y de sus eventuales compañeras. La alegría no renacía sino a la vista de la casuca de campana, con mirador y alpende, en donde vivía una mujer viejísima y harapienta, constantemente hilando y siempre silenciosa, que junto con su marido — que habitualmente se hallaba trabajando afuera — actuaba como guardiana de la propiedad. Entonces el caballito apuraba el paso y, con gran algazara de las muchachas, llegábamos allá en pocos minutos, a eso de las cuatro y media o cinco de la tarde, para proceder en seguida, bajo un parral y junto a la frescura de un pozo, a una frugal merienda de pan y frutas, regada por un vinillo alóque

que don Ramón cosechaba en la misma *ponsa* y que parecía constituir la única y menguada razón de ser de la posesión de la misma.

Hecho esto que, si el paseo no tuviera un objeto en si mismo, sería el único objeto del paseo, entreteníamos una hora más de cualquier manera, generalmente charlando, bajo la mirada benévola de doña Carmen que, como todas las personas que sufren mucho, era poco comunicativa, y el gesto agrio sistemáticamente hostil de la vieja huraña que parecía no ver llegar la hora en que de nuevo la dejásemos entregada a su espantosa soledad.

Mientras tanto *Plutón*, después de haber descansado un momento y de beber un poco de agua que yo mismo le sacaba del pozo para que estuviera más fresca, dedicábase siempre a una tarea que en él ya había tomado el carácter de manía: escarvar la tierra en su sitio preferido. "Como si buscara tesoros" decía la risueña Pilar. "Como un monje que cava su tumba", decía yo, que veía en mi amigo una preocupación filosófica que los otros no le notaban.

Pero doña Carmen, explicaba la cosa más materialmente asegurándonos que el perro iba sencillamente en pos de la fresca de la humedad conservada en la tierra. Cuanto a la vieja, la único que hacía era propinar al animal algún puntapie tan pronto lo veía entregado a su *tarea* favorita y si yo no intervenía a tiempo para impedirselo.



En medio de mis discusiones con don Sabino acerca de la existencia de Dios (cosá que Nietzsche pensaba que sólo ocurría en Rusia, pero que sucede en España también), confieso que la *huerta* de don Ramón, situada tan lejos, en sitio tan despoblado y ofreciendo tan escaso interés para su dueño, me preocupaba más de lo que yo quisiera.

Dice Novalis, apoyado por Maeterlinck, que los hombres tenemos en embrión un sexto sentido adivinatorio y yo, mediante él, entonces más aguda que ahora, había husmeado algo de misterioso en la tristeza de aquel lote de tierra descuidada, que amén del vinillo agrio que nosotros tomábamos, no daba sinó unas cuantas miserables coles talladas que la vieja y su marido consumían en la confección de su pobre caldo.

Había notado, por poco que hablara con mi fondista, que don Ramón era avaro, no sólo como todos sus paisanos, sinó en un grado superlativo. El mismo se quejaba de la inutilidad de aquella propiedad y, por otra parte, su hija me había dicho que su padre no iba nunca a ella como no fuera para dirigir la vendimia—y consiguiendo la confección del vino y elaboración de aguardiente del Bagazo—o cuando, por cualquier otra razón, había que emplear allí algún jornalero además del hortelano habitual. De añadidura supe más tarde que éste era el antiguo propietario a quien don Ramón compró

la finca y resultaba evidente que, de hecho, seguía siéndolo, aún cuando como todos los labradores de aquella comarca tuviera, por pobreza, que alquilar sus brazos para trabajar en otras tierras que no la suya. ¿Cómo conciliar todos éstos extremos con el carácter de un hombre de tan poco desprendimiento y tan escasos esparcimientos como resultaba el siempre malhumorado don Ramón?

En mis larguísimos paseos solitarios más de una vez se lo pregunté a *Plutón* que, mirándome con unos ojos muy tristes y meneando la negrísima cola, parecía decirme que él conocía el misterio y que su desdicha consistía en no poder confiármelo. Otras veces, mientras don Sabino se empeñaba en convencerme de que no hay una justicia immanente, que el universo es un caos, que la Providencia no existe, que no hay una voluntad que rija el mundo y a los hombres, yo, callaba y pensaba involuntariamente en la huerta misteriosa y triste y en la historia del crimen que el mismo notario me había contado. ¿No estaría aquí la prueba de lo que, de primera intención, me había parecido cuento inverosímil?—Y, si don Sabino tenía razón en aquello, ¿no la tendría ahora en ésto?—Un pobre emigrante, un luchador que, después de muchos años de dolor y de trabajo en América, volvía contento a sus pagos, quizás para socorrer a sus padres, quizás para formar un hogar, habría sido infamemente asesinado ¡y Dios permanecería impasible!

Esta idea llegó a ser para mí una obsesión. Dentro de mis aficiones platónicas, en vano trataba de explicar a don Sabino en qué consiste el mundo de las Ideas, como estas pueden reducirse y tienden naturalmente a reducirse a la Unidad, como la Idea de las Ideas, la Idea-Tipo, es el *Bien* y como éste creó y rige el universo-mundo. El contraste de la realidad, si no ponía una mordaza en mi boca, llevaba la turbación a mi espíritu y, escuchando las vulgaridades del notario traga-curas, venía involuntariamente a mi pensamiento aquella respuesta de Darwin a un joven teólogo que le remitió un ensayo en que se trataba de conciliar la doctrina biológica evolucionista con la tradición bíblica: “ha perdido Vd. su tiempo; cuanto a mí no puedo creer que un Dios bondadoso haya creado el mundo, evolutivamente o no, para que las arañas se coman a las moscas”.

Como antes y después de esta aventura, junto al lecho de agonía de personas queridas, especialmente de pobres criaturas que nunca hicieron el mal, yo no podía conciliar estos dos términos de la omnipotencia y de la bondad de Dios frente a todo el dolor, a toda la perversidad de que es teatro el mundo. Ante el terrible problema, sólo tres soluciones se me presentaban: o Dios no existe, o Dios no es bueno, o Dios no es omnipotente, y la espantosa duda torturábame durante días enteros de soledad en los pinares y de noches de insomnio por las plazas desiertas de aquella vieja ciudad llena de templos cristianos y desnuda de cristianismo. La tortura metafísica, que para otros no llega a ser una realidad concebible, para mí representaba un hecho espantoso: estaba en juego la unidad de mi pensamiento y la tranquilidad de mi alma.

Mi primera y segunda hipótesis negativas no las podía admitir. Necesita el mundo de una causa razonable y consciente y no me

hacia mella el razonamiento Kantiano de que, en buena lógica, el principio de la casualidad tiende infinitamente a no dar solución a sí mismo, pues una causa exige otra, una causa primera implica otra causa anterior y una causa de las causas es un contrasentido, porque es la negación misma del principio de casualidad. Mi platonismo me decía que, si en el mundo de los hechos, observados por nuestra experiencia y juzgado por nuestra razón, la cadena de las causas es infinita, en el mundo de las ideas hay como una llave que abarca y comprende toda esa cadena: la ley misma que exige que, en el mundo físico, un hecho sea producido por otro. Que una causa tenga su causa es ya por sí mismo una regla que está fuera y que domina el encadenamiento causal y esa, sin duda, es la Causa de las Causas— τὸ ἀίτιον τῶν αἰτίων — que entrevió la alta especulación filosófica Alejandrina; una Idea, vale decir: una fuerza puramente espiritual, superior al mundo sensible, a todo el universo material pero que, siendo concebible por nuestra razón, no puede ser extraña a nosotros y, por ende, a ese mismo universo. Pero, esa Causa de las Causas, como una pura idea ¿sería extraña a nuestro concepto del bien y del mal? Si no mala, como el Deniurgo de los gnósticos ¿sería amoral, indiferente, inhumana? Por atrás de la naturaleza impasible que, sin inmutarse, asiste a las mayores iniquidades y horrores, a las espantosas matanzas de los hombres y a los sufrimientos indecibles de todos los seres ¿no habría un supremo tribunal al cual pueda apelar nuestro innato sentimiento de justicia? Si así fuera más valía entonces que esa Causa espiritual no existiera y, como quería don Sabino, que, siendo la materia eterna e increada — lo cual, a su vez, resultaba tan superior a nuestro entendimiento como el mismo concepto de Dios impugnado por Kant en el dominio de la razón pura — el arreglo cósmico y el origen de la vida fueran obra del acaso: *un facheux accident*, como dijo no sé que pensador francés. Ese acaso, por lo menos, no sería responsable de los males que produjo, del inmenso dolor que representa la vida. Nadie, desde el más ínfimo gusanillo al más encumbrado filósofo, tendría derecho a decir ¡ Señor! ¿por qué me creaste?

Pero ¿ de dónde procede en tal caso la idea del Bien que abriga todo pecho humano? En vano la escuela positivista trata de explicar el origen de la moral como un acomodamiento paulatino del hombre a las necesidades de la vida social. En vano el materialismo inglés quiere hacer producir el *egoísmo* del instinto de nutrición y el *altruismo* del instinto de reproducción, educado, sublimado y espiritualizado. Lo primero puede explicar la moral práctica, la moral corriente, que no es sino una forma utilitaria y razonable del egoísmo. Lo segundo, a lo sumo, puede decirnos, bajo un punto de vista de pura fisiología neurológica, como actúa el altruismo pero no el *por-que* de su actuación. El heroísmo, el espíritu de sacrificio por un grande ideal o por una grande causa, la mística sed de perfección individual que espontáneamente obra en tantas criaturas que son gloria del género humano, que lleva al Buda a huir del palacio real de sus padres para hacerse mendigo y que actúa en Francisco de Asis, cuando se despidió de la holgura de la casa paterna y arroja hasta sus vestidos a los pies de su progenitor, esa no la explica en

ningún modo el utilitarismo. Ya la rudeza intelectual de Mahoma se admiraba de que el hombre no fuera en esto como los demás animales, de que el *hombre tuviera caridad* y, con mucha justicia, en el Alcorán, rinde gracias al Supremo Hacedor de que hay depositado en el corazón del hombre un poco de esa chispa divina del amor del prójimo, sin la cual, en el decir de San Pablo, los mortales serían "como bronce que suena o címbalo que retiñe". Y ese *quid divinum*, ese imperativo categórico, como le llama Kant, ese imperativo metafísico, superior al mundo físico y al mundo psíquico, como reconoce Spencer ¿qué puede ser si no es un reflejo del Sumo Bien? Si nosotros, seres contingentes e imperfectos, concebimos el Bien y en cierto modo somos buenos ¿cuánto más la Causa del universo que, al crearlo, sin tener de él necesidad, no puede haber sido movida sino por el Bien, vale decir: por amor, por altruismo?

Pero, delante de la evidencia del mal en rebelión constante contra 'ese Sumo Bien que, dentro de nuestras almas, en el santuario de nuestras conciencias, nos enseña los caminos de la justicia ¿no habría que llegar a la conclusión de la impotencia divina para hacerse obedecer? Si Dios existe, si Dios es bueno y el mal subsiste en su presencia ¿será Dios omnipotente? Sin necesidad de que don Sabino me tentara, mi espíritu que se escapaba del ateísmo parecía tender hacia el maniqueísmo y bordeara el abismo en que se precipitó, en sus *Ensayos sobre religión*, una inteligencia tan clara como la de Stuart Mill. ¿No estaría en el dualismo de la doctrina de Zoroastro, de los gnósticos y de los maniqueos la solución del problema? El Bien y el Mal puestos eternamente frente a frente, con igual beligerancia, en una lucha eterna, o, como quería el pensador inglés, un Espíritu increado y una Materia increada, ambos coexistentes de toda eternidad, y el primero tratando de vencer la rebeldía de la segunda, vencéndola paulatinamente ¿no sería este el secreto de la evolución del universo, de la nebulosa al astro, del astro al sistema planetario, de la lucha de los elementos químicos a la producción de la vida, de la planta al animal, de este al hombre, del salvaje sanguinario al santo? Y ¿no sería una noble misión y el origen de una moral altísima esa cooperación nuestra en la lucha del Espíritu contra la Materia? ¿No sería ésta la razón de ser y la grandeza de nuestra existencia terrenal?

En la soledad de los pinarés sombríos, acompañado por la música de las frondas rumberas, meditando sobre el antagonismo de nuestras pasiones y de nuestros ideales, en toda la lucha que cada hombre lleva en sí, atado a la materia por el cuerpo y en comunicación psíquica constante con el Espíritu Universal que habla en nuestras almas y que, según la típica frase del Evangelio, hace que *el reino de Dios esté dentro de nosotros*, yo sentía que del fondo de las edades se levantaba una voz poderosa que ejercía sobre mi cerebro, preponderante sugestión. Era la voz de aquellos filósofos gnósticos de los primeros siglos del cristianismo, de aquellos que en Egipto enseñaron que la materia era reacción del Mal y que la redención vino cuando el Dios Supremo, superior al creador de nuestro universo material, vino a este para infundirle su espíritu y enseñarle palabras de vida, para hacer de nosotros los hombres, hijos

de la tierra, los aliados y los cooperadores de la obra celestial, representada por Cristo-Jesús. Y mientras Cerinto y Menandro, evocados de sus tumbas parecían rodearme espiritualmente en medio de la vividencia de los bosques, *Plutón*, el viejo perro, el fiel amigo, daba también vueltas alrededor mío y con su mirada inteligente, como penetrando mis pensamientos, parecía decirme que sí, que era verdadera esa lucha prolongada a través de los milenios entre el Espíritu y la Materia, que él, el animal paulatinamente humanizado, era una prueba de ese esfuerzo espiritualizante de Dios que intenta penetrar y vencer la inercia material, que Stuart Mill tenía razón y, antes de él, todos los que, en otros términos, enseñaron idéntica doctrina.

Mi claro espíritu de occidental estuvo a punto de naufragar en aquella prueba y de abismarse en todas las elucubraciones en que se ha esterilizado y consumido el alma oriental durante tantos siglos, inutilizada para todo esfuerzo y sumida en el sueño, como en el dulce torpor del opio. Volviéronse mis ojos hacia la India y se consumieron mis días en la meditación de las intrincadas relaciones del Uno con el Múltiple. La lógica me decía que, de ser cierta la doctrina gnóstica, la necesidad innata del espíritu humano de buscar la Unidad y no descansar sino ella, tenía que remontarse sobre esa lucha eterna de dos antagonistas eternos, Espíritu y Materia degladiándose, y, de cualquier modo, sería necesario buscar Algo, un principio superior que pudiera comprender a los dos, ser causa de su existencia, explicar su lucha y ser la síntesis de un problema vastísimo del cual esa lucha sería un mero episodio. Mi espíritu rehacía el camino ya andado por Platón, remontándose del politeísmo — y politeísmo es el dualismo maniqueo — hasta la Unidad Divina, pero ¿no entraría ya esa unidad en la esfera de lo incognocible? — ¿No sería racional el criterio del paganismo helénico que, sin negar la existencia de la Divinidad una e indivisible, concentraba su atención y su culto en la lucha más aparente de los dioses, de las fuerzas inferiores que directamente se hallan en contacto con los mortales?

Nunca como entonces comprendí el sentido doloroso y profundo de la narración evangélica de la tentación de Jesús en el desierto. Después de escapar del ateísmo materialista, presentábase el politeísmo, el dualismo, la teosofía, todas las elucubraciones de la mente humana en su tentativa milenaria para explicar lo que somos, de donde venimos y a donde vamos, y cada una trataba de seducirme con sus encantos, como esos fantasmas de mujeres desnudas y enloquecedoras que se aparecían a los santos anacoretas en la Tebaida para hacerles desistir de su vida de penitencia. Y *Plutón*, el pobre perro, el hermano inferior en quien yo había concentrado el cariño que estallaba en mi pecho en un arranque de amor hacia todas las criaturas, hacía todo lo que tiene vida y es obra de Dios, más de una vez se me antojó el mismo demonio que allí venía para tentar-me....

De esta pesadilla, en la cual hubiera podido zozobrar la razón, me salvó la fé en la Unidad, que es, al mismo tiempo, una necesidad de nuestra inteligencia. Sobre el tumulto de los fenómenos

nuestro espíritu formula las síntesis, es decir asciende a las Ideas; de millones de hombres hace un ser: El Hombre, de la pluralidad de infinitos seres materiales destaca una unidad: la Materia ¿por qué no llegar, entonces, a la Unidad Suprema y descansar en ella?

Cuando se fué calmando la tormenta, mi espíritu alcanzó este equilibrio. Desde entonces mi espiritualismo admitió perfectamente que el Sumo Bien, el Bien por excelencia, no hubiese creado el universo como un relojero compone su mecanismo. La razón de la creación es el amor; el Bien, precisamente por su esencia, tiende a proyectarse afuera de sí mismo, no puede complacerse en la egolatría. Dios, que es amor, puesto que es el Bien, tuvo que hacer algo digno de su amor al crear el universo, dado que sólo el amor lo llevó a crearlo. El Bien, al proyectar de sí el cosmos, imagen material de un tipo ideal: de la Idea preestablecida y eterna, tuvo que hacerlo *semejante*, ya que no igual, a El; dotado de voluntad y de sed de perfección. Igual no podía ser porque el Bien, causa y origen, no puede ser sino Uno. No puede haber dos causas y la perfección no admite pluralidad; no puede haber si no *una perfección*. Pero al hacer el universo semejante a sí, puesto que es obra de su amor, el Bien no pudo construir una máquina, porque fuera de lo Absoluto, sólo la perfección moral merece tal nombre y una máquina carece de esa perfección, que, dentro de lo contingente es la única verdadera. Para que el mundo fuera la imagen de Dios tenía que ser bueno y, fuera el Bien por excelencia, la bondad—relativa—sólo merece tal nombre cuando representa un esfuerzo, sólo vale cuando implica una voluntad. No hay bondad allí donde no existe voluntad, a lo sumo puede haber inconsciencia, y no hay voluntad donde falta la libertad. Dentro de unas normas generales, que son la condición de su misma existencia, la creación tenía pues que estar dotada de libertad. Para que fuera una imagen de la Divinidad tenía que tener un objeto en sí misma y facultades para alcanzarlo, como se alcanza toda perfección en el dominio espiritual: por propio esfuerzo. Ningún hombre que ama a su hijo desearía que este fuera un autómeta, por más que así estuviera seguro de que en esa forma sólo le proporcionaría placer y le rendiría servil obediencia. Un padre desea que su hijo se forme, tenga personalidad propia, aún cuando esa personalidad pueda hallarse en contradicción y hasta en rebelión contra su progenitor. Un padre inteligente sólo espera de su hijo un libre amor, no la anulación de sus facultades. ¿Y la Suprema Inteligencia, la Suma Sabiduría, había de mostrarse inferior al hombre? El cosmos que, en su totalidad ilimitable e indefinible, representa todo el esfuerzo de la eternidad del Eterno, Su Obra, ¿estaría peor dotado que el hijo del hombre?

Desde aquel instante yo sentí el esfuerzo de la libertad cósmica, basada en la Bondad Divina, y pude comprender su marcha de la nebulosa al astro, del astro al sistema planetario, de la lucha de los elementos químicos al origen de la vida, de la planta al animal, de este al hombre y del salvaje al santo. El Perfecto quiso hacer una obra espiritualmente perfecta; vale decir: dotada de los medios de conquistar su perfección, porque un Universo-esclavo, un Universo-máquina, no sería digno del amor de Dios. Y el mal se explica por

lo contingente de todo lo que no es el Absoluto; el mal son las tentativas de la naturaleza por llegar a la perfección, puesto que la naturaleza procede por tentativas, muchas veces se engaña, retrocede, anula lo ya hecho y vuelve a empezar; el mal es el sello de lo relativo, de un relativo libre que tiende hacia lo absoluto, son las etapas de una lucha mística por la auto-perfección, lucha en la cual se complace el Supremo Hacedor, el Eterno Bien.

¿Quiere esto decir que, una vez proyectado de sí el cosmos, el Creador se desinteresará de él? De ningún modo. La Bondad Divina no puede mostrarse indiferente a su obra y hay por los siglos de los siglos una estrecha relación entre el universo y su Creador. Este no presiona a aquel; pero lo mantiene, lo conserva, lo ampara y lo dirige. Dios creador es también vivificador y salvador—misterio inefable de una trinidad de acción en una unidad de amor—y su acción se palpa principalmente en el alma del hombre, en la cual se manifiesta y habita, que inspira y ampara, como hace al universo, para que nosotros también, microcosmo que somos, sigamos un movimiento paralelo de lucha libre por la perfección individual y colectiva. Que no en vano enseña el cristianismo que Dios se hizo hermano nuestro; no en vano rezaron nuestros padres que *el Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros*.

*
* *

Plutón, mi tentador y mi amigo, fué el instrumento del cual se sirvió la Providencia, llegada la hora, para demostrarme que no desampara nuestros anhelos de justicia y que el Dios de nuestras elucubraciones filosóficas no es solamente algo muy alto al cual se llega por el esfuerzo de la mente, sino algo también muy íntimo, mezclado a nuestra vida como verdad de Padre nuestro que está en los cielos.

Yo no pretendo decir que no haya crímenes, que no queden terrenoalmente impunes y que la Providencia se mezcle siempre muy mezquina y humanamente en todas nuestras cuestiones de derecho penal para hacer el papel de juez de instrucción. Pero en este caso, por lo menos, y por eso se lo relaté a Vds., me fué dado asistir a una intervención directa de lo sobrenatural en los actos humanos y, no con orgullo sino con gratitud, yo creo aún hoy que ello fué un premio a mi esfuerzo para resistir a las terribles tentativas intelectuales que mis dudas sobre la justicia divina habían suscitado en mi interior. El Sumo Bien, que se complace en nuestro esfuerzo, sabe premiarlo y como, dada la índole de mis preocupaciones y estudios, era muy pequeña y pueril causa de mis tentaciones, quiso darme la satisfacción, pueril también, de que se cumpliera mi sed de justicia — encarada bajo el pequeño prisma de un caso individual.

La minúscula ciudad de las mezquinas preocupaciones en donde

yo me hallaba desterrado había sentido una sacudida al saber que un médico joven, recién recibido, venía a establecerse en ella. El partido clerical, sobretodo, se alegró mucho con ello pues vió, muy caritativamente, que ese era un excelente medio para arruinar al médico anciano, respetado y abnegado que hacía veinte años curaba de balde a todos los pobres pero nunca iba a misa. Las niñas, aburridas en aquel círculo estrecho de relaciones pocas veces renovado, pensaron que, con ese nuevo elemento, tendrían alguna variante en sus distracciones y, de cualquier modo, siempre era un candidato más que se presentaba a la mano de cualquiera de ellas: cosa no menospreciable ya que el número de los candidatos dignos de tenerse en cuenta no abundaba precisamente en aquel pueblo.

Pilarica, naturalmente, aún que con pocas esperanzas ¡la pobre! no fué de las últimas en tentar "echarle el gancho", como por allá dicen, y sin desdeñar mi amistad, empezó desde luego a tener grandes asiduidades con don Anselmo, que tal era el nombre del doctor. Una de ellas, como era de esperarse, consistió en invitarle a ir a la *pousa*, en mi compañía y en la de su Mamá. De esa vez no fué invitada ninguna amiga, sin duda, por no haber lugar en el coche, por más que el malicioso don Sabino me asegurara que ello obedecía al propósito de alejar alguna rival eventual.

Como de costumbre partimos al trotecillo del caballo nervioso y pequeño y, como de costumbre, nos siguió *Plutón* pero, de esta vez, sucedió lo que yo había temido muchas veces antes; el pobre animal llegó rendido y, como solía hacer, se acostó a la sombra del manzano, pero fué para no levantarse más.

Distraído con la conversación del médico y aún un adica herido en mi amor propio al ver que este me suplantaba en la atención de Pilar, yo no tuve el disgusto de ver morir a mi negro amigo. Cuando, admirado de que no me pidiera agua, me acerqué a él para ver si dormía ya lo hallé yerto, con los ojos vidriosos y las orejas tiesas. Su mirada fija, animada por una luz verdosa, tenía una expresión dolorosa; su cuerpo, extendido sobre aquella tierra que tantas veces había escarbado con sus negras patas, parecía guardar aún el misterio que aquella huerta encerraba.

Después de la primera sorpresa y de un ¡pobre animal! que me salió de lo más hondo del corazón, sobrevino en mí una idea que me puso pálido e hizo castañetear mis dientes: ya tenía un pretexto para ver si tenían razón de ser mis sospechas. Sin pérdida de tiempo y después de comunicar lo ocurrido a doña Carmen y a su hijo, que no se entristecieron tanto como yo me lo suponía, propuse al médico, a modo de broma, que diéramos allí mismo pagana sepultura al pobre *Plutón*. "Puesto que tanto le gustaba este sitio, dije, entérrmosle aquí mismo".

Don Anselmo, que todavía no tenía clientes pero si evidentes deseos de ser agradable a Pilar, propuso disecar y embalsamarle el malogrado bicho. Yo temblé. Empero como la muchacha declinara el ofrecimiento ante la perspectiva de tener que llevar el cadáver hasta la ciudad, el médico aceptó mi idea. "Usted, señor filósofo, escribirá el épitafio". "Convenido", respondí y después de procurar-

nos en el alpende dos palas y otros tantos azadones, pusimos manos a la obra.

Al ver lo que hacíamos, la vieja hilandera, al contrario de lo que yo esperaba, no opuso objeciones; se limitó a decir que iba a llamar a su marido y lo fué en efecto — pero debo declarar que uno y otro no los volví a ver sino meses más tarde, sentados en el banquillo de los reos, cuando me tocó declarar como testigo en la audiencia que condenó don Ramón a muerte, por homicidio con todas las agravantes de “premeditación y nocturnidad, crimen cometido en descampado, a traición y con alevosía”.

Lo de la traición lo tuvo que declarar el joven médico al examinar un cráneo, que no tardamos en encontrar al poco de estar cavando, y que tenía el occipital deshecho por un golpe formidable, dado al parecer con una barra de hierro, que también allí hallamos junto con los demás huesos de la indefensa víctima. Las dos mujeres que asistieron al macabro hallazgo, y que palidieron horriblemente al ver esos tristes despojos, no se imaginaron ni por un instante, en el primer momento, que ese hecho pudiera costar la vida a su padre y a su marido y que los dos amigos, que ellas habían traído hasta allí para un ágape sencillo y cordial, tuviesen que ser los principales instrumentos para llevar a la horca a un ser que, a pesar de su brutalidad, era querido por ellas sobre todas las cosas del mundo. Su sorpresa fué grande al vernos representar más tarde ese papel y al saber criminal a aquel a quien ellas siempre se imaginaron hombre honrado a carta cabal.

Pero *Plutón*, mi misterioso amigo, no fué enterrado en la sepultura que primero le preparábamos. En esa tierra habían estado los huesos de un cristiano y no quisimos sepultar en ella un perro, por más que sean muchos los perros quienes deben avergonzarse de la conducta de los cristianos. Afuera, al borde del camino, lo enterramos y, como habíamos convenido con el médico, yo labré en un roble centenario que daba sombra a la sepultura, un epitafio digno del que allí descansaba. Para ello, desconfiando de mi talento inventivo, me valí de una inscripción griega que había leído, tiempos antes, en una orestomatia helénica. Se trataba del epitafio de un filósofo epicurista enterrado en Roma y copié los primeros versos.

Μή μοῦ παρέλθῃς τούπεργράμμ', ὀδοσπόρε
 ἀλλὰ σταθεῖς ἄκουε, καὶ μαθῶν ἄπες
 Οὐκ ἔστ' ἐν Ἀσδὸν πλοῖον, οὐ προθμεύς Χάρων
 οὐκ Αἰακὸς κλειδοῦχος, οὐκὶ Κέρβερος κύων.
 Ἡμεῖς δὲ πάντες οἱ κάτω τεθηγκότες
 οστέα τέφρα τε γαγόναμεν, ἄλλο ζ'οὐδέ ἐν

Cuando Don Sabino, como tantos otros, vino a la *pousa* atraído por la curiosidad y miró la inscripción, deseó saber que cosas pudo escribir un espiritualista sobre la sepultura de un perro. “Algo de seguro, me dijo, sobre la metempsicosis y la inmortalidad del alma”. Entonces yo le traduje: “No pases de largo, delante de este mi epi-

grama, oh viandante, pero detente y escucha, habiendo aprendido después te irás. No hay barca en el infierno, ni tampoco el barquero Caronte, ni el carcelero Eaco, ni el perro Cerbero. Todos nosotros los que estamos bajo tierra, huesos y cenizas nos hemos vuelto y nada más".

Desde entonces don Sabino se felicita de haberme convertido y se congratula de que un muchacho tan inteligente haya abandonado sus ridículas ideas respecto a la providencia y a la justicia de Dios.

Julio Navarro Monzó

LOCION HIGIENICA DE EUCALIPTUS



Pidase en las buenas Farmacias,
Tiendas, Peluquerias y Perfumerias.

En el tocador
de una dama no
debe faltar el

POLVO GRASEOSO
LEICHTNER

que da al cutis una
hermosura encantadora.

VENTA EN TODAS PARTES

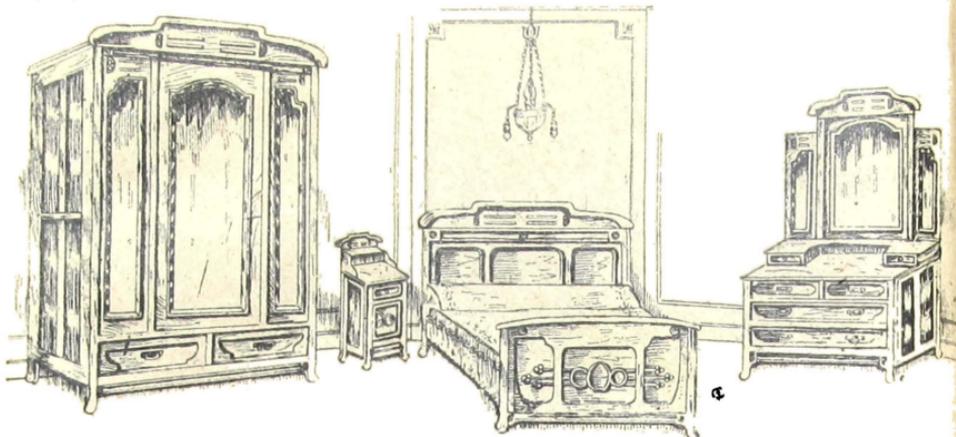
En Montevideo:
MACEDONIO FERRARI
Juan Carlos Gómez, 1513

En Asunción (Paraguay):
GUILLERMO PERONI
Ayolas esq. Benjamín Constant

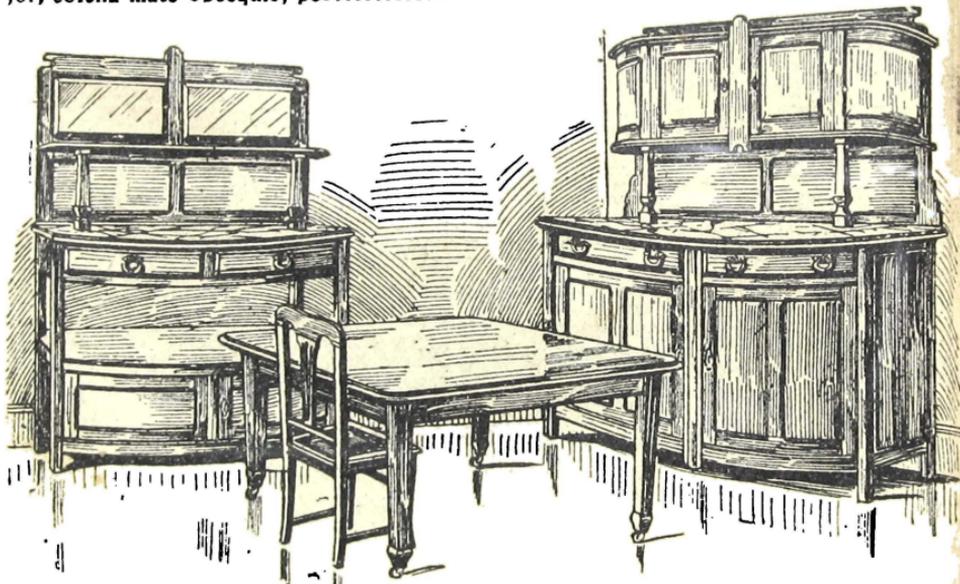


Muebleros y Particulares

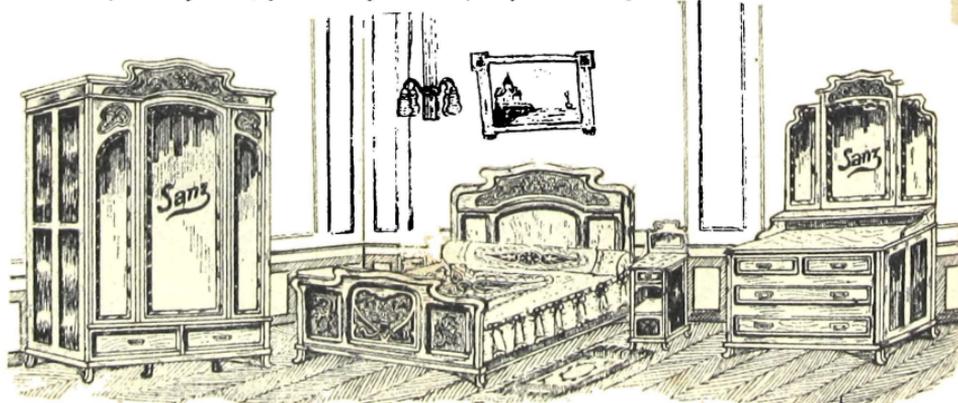
F. RAMOGNINO — CASA SANZ — 826-SARMIENTO-844



GRAN JUEGO roble macizo, importado, 3 cuerpos, gran formato, 9 piezas, lo mejor, cocha mate obsequio, por..... \$ **285**



JUEGO DE COMEDOR, de roble o cedro, con bronce, compuesto de aparador trinchante, mesa para 6 personas y 6 sillas, al precio excepcional de..... \$ **215**



ELEGANTE y sólido dormitorio 3 cuerpos, roble norteamericano, importado, macizo, bien tallado, 9 piezas, lunas bis., már. rosa, antes valian \$ 600, cocha obsequio \$ **270**